

Los católicos y el mundo de la educación

El mundo de la educación parece ejercer una fascinación secular e irresistible sobre los católicos españoles. Y la presencia y la fuerza del catolicismo español en ningún otro espacio social se evidencia como en el ámbito de la educación.¹ Dejando al margen el patrimonio monumental español, casi todo de carácter religioso, y la extensa red de templos parroquiales, iglesias y capillas dedicadas al culto, son los colegios y escuelas las instituciones católicas cuyo *perfil físico* más se acusa en nuestros pueblos y ciudades. Las mayores movilizaciones humanas de cariz marcadamente católico han estado presididas en los últimos años por el signo de la defensa del derecho de los padres a decidir el tipo de educación de sus hijos. A los obispos españoles se les ha acusado recientemente de consagrar mayor atención a las escuelas católicas que al paro y otros problemas sociales y económicos de discutible urgencia. Habría que matizar, pues la atención de los españoles en relación con las actuaciones y declaraciones de la Jerarquía es curiosamente selectiva y singularmente olvidadiza. Frente a los 11.000 millones de pesetas que representa el presupuesto oficial de la Iglesia española los «católicos padres de familia» sacaron de sus atormentados bolsillos cerca de 80.000 millones (sin contar los gastos en la enseñanza superior) para costear cerca de 2 millones de puestos escolares. Frente a unos 20.000 sacerdotes diocesanos y unos 6.000 religiosos y religiosas dedicados a diversas tareas parroquiales, cerca de 27.000 religiosos y religiosas consagran sus esfuerzos a la enseñanza en centros de la Iglesia y un número difícil de precisar colaboran en

¹Englobo en este término, «católicos», a todos los hombres y mujeres que desde su identidad de miembros de la Iglesia Católica dedican una parte de su tiempo y/o de su esfuerzo social a cualquier actividad religiosa, socio-caritativa, asistencial, educativa, cultural, parroquial, socio-promocional, etc., desde los miembros de la Conferencia Episcopal hasta el padre de familia que se limita a costear de su bolsillo la plaza escolar de su hijo en un centro educativo de la Iglesia o se echa a la calle, convocado por alguna asociación católica, para defender los derechos educativos de sus hijos o algún otro derecho humano.

centros públicos y privados no confesionales. Pero los profesores en colegios de religiosos son muchos más, cerca de 70.000, conciben o no su docencia como derivada o estrechamente asociada con su condición de católicos.

Se trata además, y sin la menor duda, de la presencia católica más atacada desde fuera y desde dentro de la Iglesia. Los ataques más feroces contra los colegios de la Iglesia -que es sólo una de las formas de presencia en el mundo de la educación, pero la más visible y voluminosa- han procedido últimamente de grupos de cristianos que han tomado el relevo de los publicistas que desde la Falange o el Movimiento, sobre todo, acosaron durante todo el régimen anterior la obra educativa de la Iglesia. En el surco de la polémica desatada por la «Alternativa» del Colegio de Licenciados y Doctores de Madrid (1975), las Comunidades Cristianas» pedían que se suprimiera la enseñanza privada dependiente de la Iglesia, por las siguientes razones: son empresas privadas con todas las contradicciones e injusticias del sistema capitalista, son baluarte privilegiado de la clase dominante, han sido y son centros de formación clasista de los detentadores del poder, focos transmisores de la cultura dominante y una de las claves más eficaces del mantenimiento de la superestructura de dominación contra el pueblo.. Un teólogo español, prestigiado por su mesura y profundidad, pedía el distanciamiento de la Iglesia de las instituciones docentes que ha poseído, lo que implicaba la desaparición de los colegios de religiosos. Ya en 1971 la Asamblea Conjunta de Obispos y Sacerdotes solicitaba a las Congregaciones religiosas, institutos seculares y asociaciones dedicadas a la enseñanza que examinaran la posibilidad de abandonar las ciudades y dedicarse a las zonas rurales y maríneas.

Dedicación privilegiada de gran número de católicos -miembros o no de Congregaciones y grupos religiosos-, defensa apasionada de la Iglesia jerárquica, favor indiscutible de centenares de miles, si no millones, de familias cristianas, ataques y actitudes fanáticas desde la izquierda política y cultural y desde sectores radicales de la Iglesia, clero incluido..., la presencia de los católicos en el mundo de la educación se ha convertido en piedra de escándalo y signo de contradicción del catolicismo español. Se dispara inmediatamente el caviloso interrogante: ¿por qué razones estructurales y motivaciones grupales se ha producido y se mantiene la dedicación privilegiada de los católicos al mundo de la educación?

Aclaremos previamente un punto algo descuidado en muchas reflexiones sobre el tema: existen *diversas formas de presencia* del hombre católico en el terreno educativo.

La primera forma de presencia se realiza mediante la actividad educativa de todos aquellos cristianos que han dedicado su vida a la enseñanza sin institucionalizarla en un centro confesional. Imposible aquí ningún cálculo fiable. La Institución Teresiana, por ejemplo, ha privilegiado esta forma de presencia, como lo han hecho sin duda miles de católicos desde una identidad religiosa consciente y consecuente. Y otros muchos profesores transmiten a sus alumnos valores «secularizados» del Evangelio, motivados explícita o implícitamente

por su socialización religiosa anterior.² Puede afirmarse sin exageración que allí donde un profesor defiende o promueve valores de libertad, de humanismo integral y de respeto a la dignidad de la persona, como algo perfectamente natural, sin apoyos vicarios de ideologías políticas, hay presencia evangélica más o menos difusa.

La segunda forma de presencia consiste en la enseñanza de la religión en cualquier tipo de centros educativos, públicos o privados. Presencia que la práctica educativa de miles de centros -consistente en ofrecer la enseñanza de la religión como *alternativa* no de la asignatura de Etica sino de actividades deportivas o de cultivo del ocio-, y los proyectos de reforma del segundo ciclo de EGB y de las Enseñanzas Medias han hecho excepcionalmente frágil en miles de centros, públicos sobre todo.

La tercera forma de presencia de los católicos tiene lugar mediante la labor de las instituciones educativas cristianas: los colegios de la Iglesia. En el último curso el panorama era impresionante:

Niveles	Alumnos	Profesores
Preescolar	244.576	7.128
EGB	1.240.123	40.956
BUP-COU	228.831	13.756
F.P.	11.296	6.338
Enseñanza Superior	63.212	1.969
		(curso 1980)
E. Especial de Adultos y E. no regladas	19.031	1.304

Fuente: *Guía de Centros Educativos Católicos, FERE. 1985.*

En el umbral de la década de los 60, punto culminante del triunfalismo católico y, posiblemente, de la inflación religiosa de la sociedad española (Duo-castella), la cifra total de alumnos de centros educativos de la Iglesia rondaba los 800.000. (Diez años antes, en un momento histórico marcado por una dura competencia entre la Falange y la Iglesia por dominar el mundo de la educación, los colegios católicos educaban a 450.000 niños de Primaria y unos 130.000 de Bachillerato. Hasta el año 60, en diez años, apenas un crecimiento de 220.000 alumnos). Fue bastante más tarde, al dispararse las expectativas educativas de la familia española, de las que da fe el Informe FOESSA de 1970 sobre la situación social de España, cuando la iniciativa privada, confesional y no confesional, abrió miles de centros por toda nuestra geografía. En la década

²No se debe olvidar, entre otros datos, las docenas de miles de alumnos de Seminarios y Congregaciones que, tras años de intensa formación religiosa y eclesial, abandonaron estudios o sus tareas religiosas y, en buena parte, se consagraron a la labor educativa en centros públicos o privados.

de los 60, y si mis datos no me engañan, los alumnos crecieron de esta forma:

- Unos 230.000 alumnos de Primaria en Centros Públicos, frente a 647.000 en centros privados, confesionales y no confesionales.
- Unos 362.000 alumnos de Bachillerato General en centros públicos, frente a unos 316.000 en centros privados, confesionales y no confesionales.

Lo que deseo sugerir con estas mínimas comparaciones es que el gran despliegue de la presencia católica en el mundo de la educación obedeció no tanto a una voluntad de dominio del terreno de la enseñanza cuanto a una respuesta a una demanda social que no había presionado hasta entonces, que empezó a despertar en el momento del desarrollo económico, y que no fue satisfecha por el Estado. Si la iniciativa de las filiales de Instituto no hubiera sido desgraciadamente ahogada y si la política de subvenciones a los centros privados hubiera comenzado en los momentos de máximo vigor de las Congregaciones religiosas de enseñanza (las subvenciones fueron de 379 millones de pesetas en 1970) la presencia de los católicos en el mundo de la educación hubiera presentado con seguridad un perfil muy diferente.

Sobre el futuro previsible volveré al final de esta reflexión. Nos interesa ahora el presente y en cierta medida también el pasado, por cuanto los *porqués* y los *cornos* de la presencia católica hunden sus oscuras raíces en él.

El *porqué* y el *cómo* de la presencia de los católicos españoles en el mundo de la educación se abre a todo tipo de disecciones analíticas. Se ha manejado con fastidiosa insistencia la *hipótesis del poder* y aún con más encarnizamiento la *hipótesis de la defensa de los privilegios de clase* por medio de la endogamia educativa en los colegios de la Iglesia. Ambas hipótesis merecen una breve reflexión.

El control del sistema educativo se ha convertido en nuestra época en un problema político decisivo. La enseñanza crea la socialización necesaria en las evidencias colectivas y los valores compartidos que hacen posible la continuidad (o la renovación y ruptura) de un proyecto político (Musgrave). *La cultura cívica* es un producto exquisito de la orfebrería social, en la que se utilizan muchos materiales: conocimientos, tradiciones, valores sociales, vivencias históricas..., pero el torno esencial en el que todos esos barro van cobrando figura y gracia lo proporciona la escuela. El viejo maestro Durkheim lo vio así y así lo transmitió a toda la tradición pedagógica que en él se inspiró. El pueblo *ilustrado* es el único depósito seguro de los poderes fundamentales de una sociedad, y esta concepción jeffersoniana explica la importancia dada a la educación en los viejos países democráticos. No hay democracia posible sin buen nivel educativo *de todos*.

Pero hasta aquí sólo se ilumina una cuestión: el interés de los gobiernos por asegurar a todos sus ciudadanos una escolarización adecuada. En ciertos países, más sosegados políticamente y más consensuados socialmente que la mayoría de los países latinos, *el pluralismo educativo* ha sido la norma, y *la conquista del poder educativo* no se ha incorporado a sus programas políticos de partido.

Al menos no lo ha hecho con la relevancia y la «rabia» con que lo ha hecho en otros países, como el nuestro. Han sido en general las sociedades enardecidas por la persistencia de reductos de poder clasista o clasista/religioso las que han creado *el estigma* de la reproducción del sistema social con todas sus injusticias y desigualdades a través del sistema educativo, y las que han clavado este estigma en los frontispicios de sus escuelas, públicas y sobre todo privadas. Y en el caso de las escuelas católicas, utilizando como clavo el *evangelio traicionado, el amor especial-át* Jesucristo y de los Fundadores de muchas Congregaciones- a los pobres, adulterado igualmente por la dedicación a los ricos.

El sistema de enseñanza, según esta tesis sería, descarnadamente, un sistema de poder, en cuyo vértice actúa la Administración Pública que, en nombre y al servicio del capital, se sirve del sistema estatal y privado de enseñanza, sostenidos ambos en gran medida con cargo a los presupuestos del Estado.

Al asalto del sistema se lanzan todos los grupos que aspiran a romper con esta situación y, para ello, a convertir la enseñanza en una poderosa palanca de cambio social y cultural. La escuela crearía igualdad social y destruiría odiosos privilegios de clase, la escuela promulgaría en las mentes infantiles nuevas legitimidades y evidencias colectivas, la escuela, quizá sobre todo, alentaría nuevas lealtades a ideologías hasta entonces al acecho y a la espera de hacerse con el poder político y social.³

Así, y lamentablemente para todos, *el mundo de la educación* se ha puesto a padecer masoquistamente el síndrome de «los dos bloques». No el que provoca alternativamente los conocidos episodios de la guerra fría y de la guerra caliente entre imperialismo USA y social-imperialismo URSS, sino el que parece ya irremediablemente enquistado en la carne dolorida de las sociedades latinas. Paradójicamente los dos bloques parecen haber aceptado, algo alegremente a mi juicio, la doble tesis de la educación como factor de reproducción de la sociedad y como factor de cambio de sistema. «Reproducción», si la enseñanza se encuentra en manos de la derecha dominante, «cambio», si es la izquierda la que impone sus normas. En ambos casos, reproducción y cambio, están en juego tanto la estructura de la desigualdad como la cultura no material de la sociedad y, muy especialmente, su sistema de valores.

Pero la educación no es esa «locomotora» irresistible que, como los trenes del siglo pasado, transforma rápidamente el paisaje social y cultural. Creo que en este punto la fe y las expectativas pecan de ingenuidad. El Informe Nuffield de 1980 convenció a muchos ingleses de que la considerable movilidad social ascendente que en las décadas anteriores había favorecido a muchos grupos sociales hasta entonces relegados en la distribución de la riqueza nacional se debía no tanto a la política educativa de los gobiernos laboristas cuanto a las ten-

³Al evaporarse en el Concilio Vaticano II la tesis de la Iglesia como sociedad perfecta, se evapora la eventual tentación eclesiástica de ejercer el poder desde la educación, aunque persiste la voluntad de presencia en el mundo de la enseñanza por motivos muy diferentes, que luego examinaré.

dencias económicas disparadas por la prosperidad y a los consiguientes cambios en la estructura ocupacional. Y entre nosotros un sociólogo socialista ha puesto de relieve que la herencia social explica las desigualdades sociales tanto como todos los demás factores juntos, entre ellos incluida la educación (Cara-baña, 1983).

Se puede pensar en otras hipótesis alternativas a la de la presencia-para-el-poder de los católicos. La polarización de los esfuerzos católicos en el mundo de la *enseñanza media*⁴ representa por una parte, la prolongación de una vieja tradición clerical que indujo además, en la mayor parte de las Congregaciones religiosas nacidas después de la Revolución Francesa, una mayor predisposición pedagógico-cultural para el trabajo educativo con este segmento de los escolares. La «creencia» de que la adolescencia era un momento vital de cristalización de valores e ideas ha tenido una importancia considerable en esta dedicación preferencial. Pero han intervenido otros dos factores: el «mito de los selectos» y «el mito de la seguridad profesional-social».

El «mito de los selectos», los chicos que formados en centros católicos iban a cristianizar a la sociedad española desde sus puestos destacados en el mundo profesional, de la Administración y de la propiedad, y asegurar a las obras de la Iglesia un reclutamiento copioso y de calidad, prendió fácilmente en la mente de miles de profesores religiosos de los colegios de la Iglesia. Ángel Ayala lo convirtió en un capítulo clave de su «Formación de Selectos», y Mons. Herrera Oria utilizó el argumento más de una vez en sus homilías. Amando de Miguel recoge un texto que hoy hace sonreír:

«A vosotros, queridos religiosos, eficacísimos colaboradores constantes del obispo en toda empresa apostólica, os ruego que lo seáis también en ésta. De vuestros colegios saldrán los futuros propietarios, autoridades y profesionales que pueden llevar un nuevo espíritu al campo andaluz».

⁴ La débil presencia de los católicos en el ámbito de la enseñanza superior requiere un análisis serio, hasta ahora no realizado. En un viejo artículo de 1968, Amando de Miguel ilustra con citas de García de Enterría y de Aranguren el clima de hostilidad de los catedráticos universitarios contra la idea de una Universidad «libre» en manos de la Iglesia; el primero por «estatismo», el segundo por rechazo visceral del «clericalismo universitario». En ese mismo año Antonio Tovar reconoce su personal postura de defensa a ultranza del «monopolio de las Universidades del Estado», alegando dos razones: la posibilidad de que una Universidad libre introdujera en el ámbito de la enseñanza superior «el espíritu inquisitorial» patente en el artículo 29 del Concordato con la Santa Sede, que encomendaba a los Obispos la vigilancia sobre los centros docentes en lo que concierne a la pureza de la fe, las buenas costumbres y la educación religiosa; como segunda razón, la competencia de los nuevos centros «con las pobres y desposeídas universidades en acudir a los fondos públicos». No se fundaron universidades de la Iglesia en sentido estricto. Y el otro tipo de presencia católica en este nivel no tuvo, a mi juicio, intensidad ni consistencia. En su estudio de los «Intelectuales bonitos» y de la «genealogía de los católicos» Amando de Miguel cita 23 nombres de intelectuales católicos. No llegan a media docena entre ellos los catedráticos de Universidad. Y en la misma línea Montero Romero, en su ensayo sobre los grupos de presión en «La Universidad en la España de Franco» (1978), identifica sólo a 71 catedráticos del ANCP en el periodo 1939-1970, menos del 10 por 100 de la media de catedráticos en esos treinta años.

La que en su momento se llamó I Encuesta Nacional de la FERE (Informe ISPA) sobre la eficacia pastoral de los Colegios de la Iglesia, acogida con bastante recelo por determinadas autoridades religiosas, inició con sus resultados algo dubitativos sobre el valor pastoral y de «formación de selectos» una larga teoría de críticas intraeclesiales. Muchos años después Olegario González de Cardenal (1977) se hacía eco de este malestar de los mismos religiosos educadores:

«Creo (los religiosos de la enseñanza) que en tales instituciones no se ha tenido una conciencia suficientemente lúcida y sensible a las exigencias profundas del Evangelio como mensaje de libertad. Sufren al pensar que casi todos los cargos políticos, técnicos y administrativos de los últimos años se hayan formado en colegios religiosos. Y sufren al pensar que de esos grupos apenas haya venido algún cuestionamiento crítico de los aspectos del Régimen que no parecían fácilmente conciliables con las exigencias, y que finalmente cuando tales hombres se han distanciado de la situación política establecida, se hayan sentido necesitados de distanciarse también de la Iglesia».

Lo cierto es que a los antiguos bachilleres de los jesuitas, de los marianistas o de los escolapios, se les ofrecían muy endeble cauces institucionales o asociacionales para influir «cristiana», social y políticamente en la sociedad española. El Régimen no daba muchas facilidades -lo que es comprensible-, pero la Iglesia jerárquica tampoco daba facilidades, lo que ya es menos justificable. Hasta el año 1971, inicio del periodo que Martín Patino (1984) llama «legitimación de la modernidad» por parte de la Iglesia, la Jerarquía había intervenido en numerosas ocasiones para des-legitimar toda actuación de los católicos en orden a modificar la fisonomía socio-política del Régimen. El mismo Martín Patino recuerda entre otros episodios las críticas a los intelectuales católicos en el documento de la Junta Metropolitana «La Misión de los Intelectuales» (1956), las censuras y prohibiciones en torno a las obras de Chardín, Maritain y Mounier, el clima de sospecha sobre la intencionalidad política y la heterodoxia de las Conversaciones Católicas de San Sebastián y las revistas católicas más abiertas de la época -El Ciervo, Incunable, Cuadernos para el Diálogo...-, el Documento de la Comisión Permanente del Episcopado, siendo secretario Mons. Guerra Campos, a propósito de la Declaración Conciliar «La Iglesia y el Orden Temporal», desautorizando el *temporalismo* de la Acción Católica y reafirmando que «debe respetarse como don impagable de Dios la respetuosa y cordial cooperación entre la Iglesia y la comunidad política», la respuesta oficial a las crisis de la AC y especialmente de sus movimientos especializados y más lanzados a la lucha política y social...⁵

⁵No se olvide la procedencia predominantemente rural y de clase baja (pocos estudiarían en los colegios religiosos) de los obispos españoles. Datos de 1972 publicados en *Vida Nueva* y reproducidos por Martín Patino, asignan procedencia rural a 66 obispos de los 80 de 1971. Y una investiga-

Salvo la actuación personal y privadísima de cada uno, los «selectos» formados en los colegios católicos tenían que archivar sus inquietudes socio-políticas, si las tenían, y esperar mejores tiempos. Cuando éstos llegaron es bastante comprensible que buscaran otros cauces y plataformas *no católicos* para intervenir o incluso iniciar los cambios que conocemos. Pero ésta es otra historia aún sin escribir.

El mito de la seguridad profesional-social tiene otro protagonista: los padres. El colegio católico les ofrecía una doble seguridad en respuesta a una doble vulnerabilidad: la de su posición social y la de su «ethos religioso-católico-tradicional» (Fernando F. Fernández), Los estudios en «buenos colegios» -creían ciegamente estos padres- garantizaban para sus hijos un buen futuro, una buena carrera, una «sólida educación moral y cristiana».

La obsesión de la clase media española por su estabilidad como grupo social, no privilegiado pero sí confortable, no debe extrañar. En nuestra sociedad las clases medias son las más expuestas al contagio de la movilidad social descendente, y a contemplar cómo sus hijos pierden la posición heredada, mantenida o conquistada laboriosamente por sus padres. Los datos apoyan esta suposición. *La movilidad social descendente* es un hecho en España. El Profesor Murillo ha puesto de relieve en el Informe FOESSA sobre el cambio social entre 1975 y 1983 *que* la mitad de los españoles entrevistados que pertenecían a la clase media alta han descendido de clase; *que* el 43% de los entrevistados cuyos padres pertenecían a la clase media-media también han descendido; y *que* incluso en la clase *media-baja* -habitualmente la de mayores expectativas de ascenso social y las más influidas por la ideología de «llegar arriba»- el descenso había afectado al 23%. De ahí la demanda por «colegios seguros y que enseñen bien». El mismo Informe FOESSA de 1983 revelaba que un tercio de la población española deseaba para sus hijos un colegio privado. Incluso los «liberales» o «progresistas» adoptaban frente a la enseñanza privada una postura notablemente favorable, aunque por su caracterización sociológica hubiera podido esperarse de ellos un cierto rechazo de la enseñanza privada, identificada muy a menudo con los colegios de la Iglesia. En efecto, del 67 por 100 que enviaban a sus hijos a escuelas públicas, casi la mitad preferiría cambiarlos a un centro privado.⁶

ción de la Universidad de Comillas sobre 44 obispos, en 1966, concluye que 15 eran hijos de agricultores, 4 de obreros industriales, 9 de propietarios de pequeñas industrias, 3 eran hijos de profesores, 2 de maestros, 2 de médicos, 3 de militares y 3 de empleados.

⁶Hay además una -sin que valga como argumento- como afinidad electiva entre familias de clase media y colegios de religiosos. Quiero decir, una misteriosa o no tan misteriosa fraternidad de que-rencias y malque-rencias, de estilos y contraestilos, de valores pedagógicos y existenciales, en definitiva. *Las virtudes* monástico-religiosas -pobreza, castidad, obediencia, trabajo duro...- se asemejan extraordinariamente a los valores y estilos de la clase media tradicional, como han puesto de manifiesto conocidas investigaciones: ahorro, disciplina, gratificación diferida, sexual y sentimental, trabajo duro... Para la familia de clase media sobre todo, no exclusivamente, el clásico colegio de religiosos representaba una prolongación existencial y vivencial del hogar.

El que los colegios religiosos cayeran en esta «trampa», inocentemente tendida por tantos padres de familia, y, se pusieran al servicio de las expectativas sociales de aquellos otros es otro cantar, que merece un tratamiento aparte.

Los católicos y la evangelización como objetivo de su esfuerzo educativo

Examinadas y reajustadas las hipótesis de la presencia-poder y de la presencia-defensa-de privilegios-de-clase, nos queda la última hipótesis: la transmisión de los valores cristianos o, en términos más sociológicos, la preservación y enriquecimiento de la identidad de un grupo social hoy minoritario⁷ y que «se siente» acosado y agredido en su misma identidad. El régimen de Franco desembocó en el triunfo de la *izquierda cultural*, y el triunfo político del PSOE está conduciendo a una cierta marginación y contracción del catolicismo sociológico o cultural.

En el trabajo sobre el *Catolicismo español* (1985), Jesús Vázquez se refiere a este tema y habla de las «agresiones a la doctrina de la Iglesia» en cuestiones como la enseñanza, el aborto, las relaciones prematrimoniales, el uso de los medios de comunicación y la labor humanitaria y asistencial», sobre «la política socio-cultural» del partido en el poder, que «paulatinamente» va introduciendo el laicismo y el agnosticismo en la sociedad española», cita la sustitución del ethos ético-cultural hispánico por una nueva moral y una nueva cultura, y de la religión por el folklore, la utilización de los conflictos de grupos religiosos populares con la jerarquía a fin de contraponer Iglesia popular a Iglesia Jerárquica, la tendencia a eliminar «no ya la enseñanza religiosa sino la ética» en la actividad docente, el desplazamiento del magisterio de la Iglesia en los medios de comunicación, el descrédito de los valores espirituales, morales y eclesiales en esos mismos medios... Y en el mismo trabajo Marciano Sánchez, profesor de Historia en la Universidad de Salamanca, inicia su colaboración con este grave aserto:

« Ya hace tiempo que vengo observando desde mi perspectiva de historiador y antropólogo la maniobra descristianizadora de la sociedad llevada a cabo por las autodefuidas fuerzas progresistas. El fenómeno es nuevo. Antes era algo esporádico y apasionado, con frecuencia fruto de la frustración personal de un escritor, o que respondía a la moda anticlerical del momento y atacaba a los curas... Pero en la actualidad es algo más que una actitud personal. Es obra de grupos especializados y de técnicos especialistas en imagen, opinión y mensaje, actuando coordinados con

⁷La defensa de su identidad cultural y religiosa explica el enorme esfuerzo de los católicos norteamericanos en la creación de su red de escuelas y Universidades confesionales, en un mundo culturalmente dominado por la WASP, por la cultura protestante y anglosajona. Tengo la sospecha de que en nuestra sociedad el nuevo talante católico se va a asemejar bastante en el futuro, salvando distancias económicas y sociales, a la situación original de los católicos norteamericanos.

una actuación fría, metódica y calculada...»

Frente a este panorama -quizá algo apocalíptico- se impone el hecho de que hoy los católicos no tienen fuerza cultural en nuestra sociedad. No hay cine católico, ni TV católica, ni apenas revistas o prensa católica, ni Facultades civiles de Teología, ni, sobre todo, un grupo de intelectuales católicos con voz reconocida. La generación de 1931, hoy en el poder, vivió un catolicismo socialmente «impuesto», padeció una íntima quiebra religiosa al producirse la ruptura con el régimen, y -para algunos- el acontecimiento del Concilio, conoció además las ventajas sociales de no ser católico e incluso de ser totalmente antirreligioso al quebrantarse las vigencias sociales que se suponían de origen religioso (Julián Marías, 1984). La generación de 1946, continuaba Marías, hoy en torno a los 40 años, ha sido cruelmente manipulada y aparece «dominada por una amplísima irreligiosidad inicial».

Denuncia esta pérdida de vigencia de lo católico en todo el universo cultural -universidades, centros de estudio, movimientos artísticos y literarios, ciencias filosóficas y sociales, medios de comunicación...- el cardenal de Toledo en unas declaraciones a María Mérida (1982) y Martín Patino, en su colaboración al trabajo «España, un presente para el futuro» (1984), ofrece una pista: «cuando se convoca a los hombres de la cultura, a los intelectuales, a los escritores y periodistas, se excluye expresamente a clérigos, escritores y pensadores cuyas obras han obtenido justamente renombre internacional. Esta marginación de lo eclesial está en gran parte lastrada de izquierdismo político». El peligro de provocar una actitud defensiva en la Iglesia es innegable, concluye Martín Patino. Es la tentación del «ghetto», y esta vez no se puede culpar al grupo católico.

Crean algunos que ésta situación de *no-presión de lo católico*, de existencia de «espacio» para todos, de desaparición de «apariencia y fachada católica» significa un soplo de aire nuevo para la conciencia católica: «nunca como en estos años la conciencia católica ha respirado con tanto gozo y tan libre resuello» (González de Cardedal, en *España por pensar*, 1984). Pero se trataría en el mejor de los supuestos de un «soplo de aire nuevo» en el seno de una fuerte borrasca secularizadora. En su «Crónica de la Cruz y de la Rosa», Abel Hernández «revela» el convencimiento de la Conferencia Episcopal de que si no hay una «reacción acertada», no involutiva ni agresiva aunque sí firme, de todos los cuadros cristianos, dentro de unos cuantos años la Iglesia católica española tendrá el peso y la significación social que tienen ahora mismo, por ejemplo, la Iglesia francesa o alemana, y la religión quedaría reducida a asunto privado. Bueno o malo para la sociedad española, y para la misma religión, pocos recursos le quedarían a la Iglesia fuera de esta «convocatoria» a todos los cuadros. Brillan por su ausencia los intelectuales católicos frente a la política socialista, «sucesores» de los que, en opinión de Javier Tusell (1984), colaboraron con el franquismo «ejerciendo un cierto derecho de veto frente al totalitarismo y... eventual papel de mediador en caso de conflicto».

Este vacío cultural católico es un fuerte *hándicap* para la identidad católica del sector de la sociedad (he calculado en un trabajo reciente que podría llegar a ser un 40 por 100 de la población española) que quiere seguir siendo católica en algo más que su autocalificación cuasi-censal.

Es en este momento cuando la presencia de los católicos en las tres formas ya reseñadas cobra toda su razón de ser, se convierte en «artículo de primera necesidad».

En el terreno de la *enseñanza de la religión* -primera forma de presencia católica- las perspectivas son oscuras. Aunque el 86 por ciento de los alumnos de zonas urbanas y el 94 por ciento de las rurales recibieron esta enseñanza en el curso pasado, la Secretaría General de la Comisión Episcopal denunció que no se tenía en cuenta el principio de no discriminación de la asignatura de religión en el cuadro de actividades escolares. En el proyecto de Reforma de las Enseñanzas Medias se planea reducir esta asignatura a una hora semanal. Malos vientos para millones de chicos españoles.

El segundo tipo de presencia -*la escuela católica institucional*- sigue siendo decisiva, en mi opinión. Educan las estructuras educativas de la *escuela concreta*, la cultura colegial de la *escuela concreta*, la vida comunitaria de la *escuela concreta*, y con efectos más duraderos que la pura transmisión de conocimientos religiosos y que el mismo testimonio personal. Esto es algo que fácilmente olvidan los teólogos y los intelectuales.

La escuela católica, sometida durante medio siglo al fuego cruzado de una crítica despiadada, y objetiva en puntos fundamentales, no ha relizado todavía algunas reformas necesarias. Superado en gran parte el clasismo⁸ «las asignaturas pendientes» tienen nombres algo grandilocuentes pero expresivos: incorporación plena de los profesores seglares a todo tipo de responsabilidades y funciones, «reconversión» de los colegios en auténticas comunidades escolares, centradas en la libertad, la responsabilidad y participación de los alumnos, «purificación» institucional de las motivaciones de las familias que buscan a veces en el centro de la Iglesia no se sabe muy bien qué, primacía de la evangelización sobre otros objetivos.

Escuela católica y evangelizarían se han convertido en dos términos férreamente unidos en todos los idearios de los colegios católicos españoles. La novedad no estriba tanto en las declaraciones de principio cuanto en la panoplia de medios que los mismos idearios establecen.

Esta evangelización a través de los centros católicos es ya una realidad, lo ha sido durante bastantes años. Pese a la fragilidad de los indicadores -autocalificación religiosa, creencia en Dios, asistencia a la Misa dominical- la Encuesta Nacional de la Juventud Española de 1982 autoriza una conclusión: hay diferencias totalmente *significativas* entre jóvenes educados en colegios ca-

⁸Datos de 1980 sugieren que la presencia católica en colegios de la Iglesia se centra ya en su mayoría en sectores de clase media-media y media-baja, y que la clase baja tiene una considerable presencia en al menos el 71 por 100 de los centros confesionales.

tólicos y no católicos en los tres aspectos religiosos indicados: del 13 por 100 en el primero, del 19 por 100 en el segundo y del 17 por 100 en el tercero. Si estos puntos porcentuales de diferencia se pudieran trasladar milagrosamente a las tasas de religiosidad de la población española, tendríamos en España el pueblo católico más religioso de Europa, al menos según esos indicadores.

El porvenir de esta presencia católica es dudoso. En otro trabajo reciente he avisado de la posible desaparición de entre 500 a 1.000 centros de los 2.757 que en EGB y BUP regía la Iglesia en el curso 81-82. Esta «carnicería» educativa se produciría sobre todo en el grupo de colegios que al aceptar la concertación prevista por la LODE, carecerían de posibilidades reales de lucha por mantener, con el ideario y la práctica educativa, su identidad católica. Y por ende, su sentido y su existencia.

La tercera presencia *-la de los profesores cristianos* «en tierra de nadie», fuera de los centros católicos- las perspectivas son ilimitadas. En el *Congreso de Profesores Cristianos*, celebrado en Madrid en noviembre pasado, más de 8.000 profesores de toda España enviaron a 800 representantes de 50 diócesis a profundizar sobre su identidad, su papel esencial para la perfecta conjugación entre la Iglesia y la Escuela, a fin de conseguir la *escuela cristiana*. Pero en España trabajan hoy en la docencia cerca de 400.000 profesores, de ellos 40.000 en el ámbito universitario. En el I Congreso, la presencia de estos últimos se reducía a 67. Si la socialización juvenil en valores cristianos puede ser cometido primordial de los centros católicos de los dos primeros niveles, *la convergencia dialéctica entre fe y cultura* (Gritti) en la que se realiza el milagro de la inculturación del Evangelio en una sociedad y en un tiempo histórico, es tarea y competencia privilegiada de la Universidad Católica y de los profesores cristianos en la Universidad civil. En este «primer» mundo de la educación la presencia de los católicos españoles, me temo, es «tercermundista».

J.G.A.*

* Sociólogo. Universidad de Alcalá de Henares.